

La fiesta y las relaciones espaciales

FRANCISCO XOSÉ FUMEGA PIÑEIRO
RAMÓN G. ROMANÍ BARRIENTOS
Universidade de Santiago de Compostela

La fiesta es una manifestación cultural más de la sociedad y, como tal, evoluciona al mismo tiempo que la sociedad avanza en sentido cronológico, modificándose sus contenidos y sobre todo sus significados. En la sociedad gallega tradicional, con un habitat que podemos calificar como disperso, a pesar de las múltiples matizaciones que presentan las variadas realidades comarcales del país, la diseminación de la población contribuye de manera evidente a dificultar las comunicaciones entre las distintas comunidades vecinales, que no tienen un abanico amplio de motivos o «excusas» para acercarse a aldeas y lugares de un número reducido de casas. Por otro lado, la economía autárquica que impera en estas células rurales hasta bien entrada la década de los cincuenta, y los escasos niveles de comercialización de los productos por vías de intercambio regularizadas, contribuyen a potenciar el aislamiento al cual se ven sometidas las pequeñas comunidades campesinas. Sin embargo, más recientemente, en el ámbito de las relaciones sociales los horizontes se amplían a causa fundamentalmente del desarrollo de las vías de comunicación y de los medios de transporte. Con ello, la fiesta tradicional cede ante otros modelos de relación social. Este fenómeno, conjuntamente con otros procesos ligados a la movilidad, pone en relación dicha movilidad con la estructura de la temporalidad social, lo que conduce a interpretarla como la «piedra angular en el tiempo y en el espacio, a partir de la cual se ordena un abanico de actividades asumidas por los diferentes miembros de la colectividad» (DIETRICH, W., 1989).

1. El espacio de la fiesta tradicional

La organización espacial, y con ello el establecimiento de comunicaciones más fluidas, se produce dentro del ámbito parroquial, que asegura la convivencia

social de las aldeas más próximas. La concentración de la vida social en el centro cultural-religioso parroquial, normalmente aquel lugar en el que se ubica la iglesia parroquial, refuerza la identidad cultural de la comunidad pero no contribuye en gran medida a favorecer las relaciones con las comunidades foráneas, que deben ser satisfechas por otras vías. Estas vías consisten en la articulación de una serie de actividades con la finalidad de superar el carácter estrictamente local o comunitario, que permitan el desarrollo de comunicaciones fluidas intercomunitarias que aseguren, entre otras cosas, el funcionamiento de las alianzas matrimoniales, y, con ello, la supervivencia de la propia comunidad. En este sentido, debemos entender la importancia y fuerza que tuvo en su momento la fiesta tradicional, verdadero motor de cuyo funcionamiento dependía en gran medida la reproducción de la fuerza de trabajo de las comunidades rurales.

Por regla general la fiesta principal de la aldea se celebra el día del patrono de la misma. El importe económico de los actos públicos es pagado por los vecinos, bien de manera colectiva (colaborando económicamente en función de las posibilidades de la casa), o bien alternando la organización de los festejos de casa en casa o entre determinados grupos de casas, que rotan de manera normativizada para hacerse cargo del evento. De manera individual, los vecinos preparan sus casas y las abastecen copiosamente de provisiones para atender a los convidados a la fiesta, parientes o amigos.

Con las excepciones y particularidades propias de cada comunidad, podemos organizar estas fiestas tradicionales en tres actos diferenciados. En primer lugar, por la mañana se celebra la función religiosa, consistente en sacar al patrono en procesión, cuya salida a las calles de la aldea se produce entre músicas y cohetes, y en la celebración de una misa solemne en su honor. Una descripción de este acto religioso en las tierra de Viana do Bolo a principios del presente siglo nos la ofrece Nicolás Tenorio en «La aldea gallega»: «Un repique de campanas anuncia que ésta se organiza y que el santo va a ser llevado en andas por la aldea. Delante de todos va el gaitero con sus coayudantes el que toca el bombo y el del tambor; les siguen los vecinos formando dos filas de hombres y mujeres mezclados; en el centro los estandartes y las imágenes, generalmente una de la virgen llevada por cuatro o seis mozas solteras y de buena fama, y otra del patrono conducida por los mozos con el clero detrás. Alrededor de las andas del santo patrono suelen ir los danzantes. A la procesión sigue la misa, que cantan en coro los hombres de la aldea, rivalizando entre ellos por cuál canta mejor el Incarnatus est del credo. Raras veces hay sermón en las fiestas religiosas, a no ser en la villa» (TENORIO, N., 1982, p. 114).

En los últimos años, quizás como un intento de renovación que no impedirá su desaparición, se ha instaurado en muchas parroquias, después de la misa, la costumbre de acudir al bar de la «comisión» antes de comer, en lo que se denomina

«sesión vermouthe». Lo que se esconde detrás de este hecho es la necesidad acuciante que las comisiones organizadoras tienen de recaudar dinero para poder cubrir los cuantiosos gastos que hoy en día genera la organización de unas fiestas, cada vez menos concurridas, por causas que analizaremos más adelante. Otro elemento perdido en la mayor parte de los lugares ya en la primera mitad del siglo es la danza que ejecutaban los «mozos» de la aldea, al tiempo que cantaban coplas, acompañando al patrón en la procesión.

Después de los oficios religiosos, se procedía a celebrar el segundo acto de la fiesta tradicional: la interminable comida de la fiesta patronal, en la que se daba buena cuenta de los platos menos frecuentes a lo largo del año y cuya variedad depende directamente del ámbito espacial en que nos movamos, y en la que el vino y los licores corren con alegría. Alegría suficiente como para abandonar la mesa y encararse decidido al campo de la fiesta, donde ya se encuentran los gaiteros y donde se superan las barreras de la comunicación local con los numerosos forasteros de las parroquias próximas. Juntos «mozos» y viejos se inicia el baile, que a principios de siglo era ejecutado siguiendo la muñeira, que es lo clásico del país, la jota y lo que llaman el agarrado, vals, polkas, etc., aún cuando contra estos últimos bailes hace el clero una campaña tenaz, llegando a negarse a confesar a las feligresas que caen en desgracia para con el cura por haber bailado el vals o la polka (TENORIO, N., 1982, p. 115). Las «mozas» que tenían novio también acudían a la fiesta, pero no bailaban, y los músicos eran pagados por los «mozos» de la aldea, si bien las mujeres aportaban la mitad de lo cotizado por los hombres.

La presencia en la fiesta de «mozos» de parroquias enemistadas no era del agrado de los anfitriones, por lo que con cierta frecuencia brotaba una violencia que denota notables diferencias espaciales. Los enfrentamientos eran frecuentes entre los «mozos» de las parroquias de montaña que bajaban a las fiestas de las bocaribeiras o del valle, y viceversa, aunque casi siempre estaba como telón de fondo la mujer como causa inicial y última de un conflicto, derivado muchas veces de la existencia de una relación espacial asimétrica. De este modo, en bastantes ocasiones nos encontramos con parroquias vecinas en las que las «mozas» no asisten a sus respectivas fiestas, a pesar de tener que pasar por sus respectivos territorios para asistir a otras fiestas que quedan más alejadas. Estos comportamientos reflejan igualmente aspectos relacionados con las normas de organización vecinal y comunal de las diferentes parroquias.

Por todo ello, nos encontramos ante un hecho cultural que traduce alianzas espaciales entre «mozos» de distintas comunidades que lleva a situar las peleas colectivas como un elemento que casi forma parte de la fiesta y cuyo desarrollo parece responder a una cierta normativización, como parece deducirse del hecho de que a pesar de existir grandes dosis de violencia y todo tipo de armas, tanto blancas como de fuego, el número de muertos, salvo raras excepciones, nunca se

elevó demasiado. No debemos olvidar que en los bailes que se desarrollan en estas fiestas tradicionales ningún «mozo» tenía exclusividad sobre la moza con la que bailaba, debiendo cederla a otro «mozo» si este le requería una pieza. Esta forma de actuar se aceptaba de una manera generalizada y sin que crease grandes problemas, salvo cuando era un grupo numeroso de «mozos», identificable con una determinada colectividad, los que al unísono acaparaban la práctica totalidad de las «mozas» presentes en el baile, desafiando de este modo a otros colectivos juveniles.

Como ha puesto de manifiesto Fernández de Rota, tras estudiar estas relaciones sociales en tierras de Monfero, la misma responde a una razón de índole colectiva: «el problema está en que los «mozos» de una parroquia queden en desventaja con respecto a la otra. El prestigio de los hombres de la comunidad ante las mujeres, por tanto frente a las posibilidades de alianza fundamentales para la reproducción social, se encuentra sin duda en el centro de motivación de estas peleas. Es el futuro de su identidad como comunidad lo que está en juego» (FERNANDEZ DE ROTA, J.A., 1984, p.187).

Por lo tanto, la fiesta tradicional se enmarca en un espacio tremendamente compartimentado, no sólo por barreras geográficas de tipo físico, fácilmente salvables en muchas ocasiones, sino especialmente por barreras mentales que definen la Geografía comportamental de los individuos y de las colectividades. La profunda división que presenta la propiedad de la tierra, derivada en gran medida del largo funcionamiento del sistema foral, tiene fiel reflejo en la existencia de múltiples microcomunidades espaciadas por todo el paisaje, que deben romper el aislamiento autárquico mediante la celebración de actos festivos con claro carácter intercomunitario.

Esta característica de la organización espacial justifica la existencia de numerosas fiestas en áreas próximas y coincidentes en el tiempo. La proximidad aparece acentuada en la actualidad como consecuencia de la profunda modificación que sufrió nuestra relación espacio-temporal y de la generalización de los medios de locomoción modernos, de ahí que sea frecuente el considerar exagerado la celebración simultánea de tres o cuatro fiestas en un área de unos pocos kilómetros. El hecho de que las personas recorran tres o cuatro fiestas en una noche sólo pone de manifiesto la velocidad de los cambios vividos en los últimos años, y a los que no han podido adaptarse las fiestas tradicionales que agonizan lentamente a medida que se rompen barreras de todo tipo. Antes se iba a pie, o en un medio de locomoción animal, o no se iba a la fiesta, por lo cual debía elegirse bien la que más interesaría o a la que se tuviese posibilidad real de asistir.

Este aislamiento autárquico se inicia en la célula básica de la economía campesina: la casa, fuente unívoca de trabajo, de producción y de consumo. El funcionamiento de la economía doméstica poco necesitaba de las aportaciones

foráneas, cubriéndose las necesidades de mano de obra con aportes facilitados por casas próximas, como se ha puesto de manifiesto repetidas veces al estudiar el proceso de difusión espacial de la ayuda mutua en las «mallas». La presencia de miembros de casas alejadas es posible, pero realmente raro, y de establecerse en su seno las alianzas matrimoniales no podríamos evitar un alto grado de endogamia.

Las relaciones que se establecen en el seno de la parroquia, como indicábamos anteriormente, tampoco lograrían evitar problemas serios para establecer redes matrimoniales fuertes y con proyección de futuro. Por otro lado, en este momento, dadas las características de la economía, la debilidad de las relaciones comerciales es notoria, existiendo lugares que ofertan servicios estrechamente ligados a puntos en los que se celebran ferias, exceptuando las pocas ciudades que en este momento conforman el sistema de asentamientos gallego. Además, hasta los años cincuenta todavía se conserva fuerte la amplia red de cantinas y tiendas-bar que llenaban de encanto y conformaban auténticos centros de actividad social en todas y cada una de las parroquias diseminadas por el solar gallego. La concurrencia a estas tiendas-bar realmente no era muy significativa desde el punto de vista del aprovisionamiento para la mayoría de los hogares, que tratan de producir la mayor parte de los productos que consumen y, en el caso de necesaria adquisición en el exterior de la explotación agrícola, la mayor parte lo hacen en las ferias, auténticos centros de relación comercial y social. Su función de bar y centro de tertulia de las tiendas-bar reviste mayor interés.

De este modo, las ferias canalizan la mayor parte del comercio que realizan estas unidades autárquicas, tanto ofertando productos que se concentran hacia los principales centros de consumo como comprando aquellos que eran incapaces de producir. Al mismo tiempo, las ferias permiten superar el ámbito parroquial de relación, si bien hay que hacer notar la importancia que tiene la relación vecinal a la hora de acudir a las mismas. Como señala Fariña Jamardo en su novela «A Feira do Carballiño», era muy frecuente que las gentes acudieran a la misma en grupos, poniéndose de acuerdo la mayor parte de los vecinos de la aldea para salir a una hora determinada y regresar en grupo. Esta conducta, así como el carácter eminentemente mercantil que tienen, tampoco permite realizar muchos contactos fuera del grupo de feriantes. A partir de los años cuarenta empezó a institucionalizarse en las villas o aldeas que acogen las ferias los bailes de tarde, que tanto éxito tuvieron como antesala de las futuras salas de fiesta. En lo que respecta a las relaciones de tipo administrativo, prácticamente se limita a solventar los asuntos pendientes (pago de contribuciones rústicas y urbanas, tasa municipales, etc.), regresando de inmediato en el primer coche que de nuevo los llevase a la aldea. Por otro lado, en este momento los asuntos a arreglar tampoco eran tan numerosos dada la exigüidad del papeleo en los años de la posguerra.

La fiesta aparece, sin duda alguna, como la vía más adecuada para entablar relaciones intraparroquiales profundas, con la organización del baile en el que se relacionaban de manera dinámica e íntima «mozos» y «mozas» de distintas parroquias. Esta profundización de las relaciones se ve reforzada por la libertad que, ante las convenciones sociales, tienen los elementos más jóvenes dentro de la colectividad.

Junto a estas fiestas tradicionales dedicadas al patrón, debemos mencionar también las romerías caracterizadas por un poder de convocatoria intraparroquial mucho mayor, alcanzando su área de influencia ámbitos espaciales importantes. El hecho de ir acompañada de una comida campestre y, en menor medida, el carácter religioso-milagroso de las mismas pueden encontrarse en la base del mayor éxito y pervivencia que tienen en la actualidad. No olvidemos que las fiestas de carácter gastronómico han perdurado y han visto aumentar la asistencia de romeros en los últimos años, frente a la crisis que viven las fiestas parroquiales.

2. La ampliación del espacio en las relaciones sociales

Desde principios de siglo asistimos a un desarrollo incipiente del proceso de urbanización y del intercambio más o menos regularizado a través de los mercados locales que, poco a poco, irán transformando la sociedad tradicional que entrara en una profunda crisis en la segunda mitad del presente siglo. Por lo que respecta a este proceso de urbanización debe ser concebido como un producto social. En este sentido, al conformar la estructura económica de la sociedad las relaciones de producción (la base real sobre la que se organiza una superestructura jurídica, política, filosófica, artística, etc., es decir, las formas ideológicas,) los cambios que se producen en la base económica transforman irremediabilmente toda la superestructura. La fiesta como creación cultural y estrategia social no escapa a estas transformaciones, y pierde gran parte de su sentido al desaparecer la base económica sobre la que estaba estructurada.

Los cambios vividos en la primera mitad del presente siglo afectan directamente al modo de producción, al modificarse las capacidades tecnológicas de producción e intercambio de mercancías. A comienzos de siglo empieza a generalizarse en ciudades y villas el uso de la luz eléctrica. Asimismo, se produce una mejora sensible en los transportes, con la entrada en funcionamiento de nuevos tramos de vía férrea y la mejora en las carreteras, lo que potenciará el desarrollo de líneas de transporte en autocar de carácter local. Cada villa con importantes efectivos de población contará con su propia empresa de transporte (empresas siempre de marcado carácter familiar). Estas medidas favorecen de manera lenta pero continuada los desplazamientos de la población y la movilidad hacia los

centros funcionales de servicios, identificados por el momento con los asentamientos que dan cabida a mercados periódicos locales.

Otro tipo de actuaciones que modifican la relación de los habitantes con el espacio, al acortarse de un modo considerable la distancia temporal entre los asentamientos, es la inauguración antes de 1930 de numerosas estaciones de telégrafos que aceleran la transmisión de noticias. Al mismo tiempo, comienzan a concentrarse en los núcleos más importantes del sistema de asentamientos una serie de servicios públicos que serán utilizados cada vez con más frecuencia por los habitantes de sus respectivas áreas de influencia.

Estamos asistiendo a la puesta en marcha de una serie de progresos técnicos que llevan el germen que destruirá la autarquía económica de las comunidades vecinales, al poner las bases para que el sistema capitalista de mercado tienda a concentrar la corriente de fondos en los sectores más beneficiosos desde el punto de vista social y espacial. En síntesis, el cambio más importante que se opera en este momento, si bien todavía de una manera tímida, se manifiesta en el incremento de la concentración de una importante cantidad de plusproducto social en unos puntos muy determinados del espacio, mientras que con anterioridad, la extracción de excedentes sociales se realizaba a un nivel muy local, por lo cual permanecía mucho más disperso y permitía el desarrollo de modelos bastante autárquicos. En efecto, como resultado inmediato en esta primera mitad del presente siglo, las áreas agrícolas que concentraban las mayores densidades de población son las que pierden población agraria de un modo más rápido que las menos pobladas, ya que tenían más ajustada la relación población-recursos por imperativos emanados del medio físico.

Todos estos cambios se aceleran en la década de los sesenta provocando una importante ruptura en las economías rurales tradicionales. A partir del Plan de Estabilización estatal de 1959 asistimos a una verdadera integración de las economías locales en una economía de escala, en un primer momento a nivel estatal y con posterioridad, aunque de manera casi inmediata, a nivel internacional. A nuestras aldeas y lugares les corresponde en este nuevo orden aportar la mano de obra que permita el desarrollo de zonas en las que se concentran los sectores más beneficiosos que, bien organizados, dominaran a los grupos más desorganizados del resto del territorio.

Los enormes contingentes poblacionales que abandonaron nuestra aldeas y lugares a partir de los años sesenta, especialmente los elementos más jóvenes y dinámicos de las mismas, se llevaron con ellos la alegría, la espontaneidad y la rebeldía de la comunidad; es decir, los ingredientes principales de la fiesta. No olvidemos, como comentábamos más arriba, al destacar las características de la fiesta tradicional, el papel desempeñado por los mismo en la organización y en el

desarrollo de las misma, que pierde gran parte de su sentido cuando no queda juventud en la aldea que asegure la pervivencia de las alianzas matrimoniales y con ello la economía de los hogares campesinos.

Al mismo tiempo que el medio rural se despuebla, el conjunto de la sociedad evoluciona de un modo acelerado debido a la generalización de los progresos técnicos, que irrumpen ya con fuerza en la primera mitad del siglo, entre un número cada vez mayor de miembros de las comunidades campesinas. Lo cierto es que el proceso difusor, salvo muy raras excepciones, se produce desde unos puntos muy concretos del espacio con un grado de desarrollo económico y cultural destacable, que permite la concentración de poblaciones importantes. Será precisamente en las ciudades y villas donde primero desaparece la fiesta tradicional, que pronto pasa a ser organizada por el poder institucional, concretamente el ayuntamiento, mientras que en las zonas más alejadas de estos centro de fiesta, desde el punto de vista espacio-temporal, aún pervivirá en la segunda mitad de este siglo, si bien progresivamente perdiendo fuerza.

En el conjunto del sistema de asentamientos gallegos, a la vez que se acentúa el éxodo rural, se produce una modificación de vital importancia para comprender el proceso de desaparición del mundo tradicional. Por una parte, la densificación de la red de carreteras y la popularización de otros medios de comunicación, como el teléfono y con posterioridad la televisión, modifican la relación espacio-temporal de las comunidades tradicionales, produciéndose notables modificaciones en la valoración de los espacios que aumentan su proximidad temporal. De este modo, asistimos a la aparición de nuevos lugares centrales y con ellos de nuevas relaciones, en detrimento de la anterior red de lugares centrales cuyos únicos centros estables y con fuerza integradora elevada eran los centros parroquiales, que rotaban como consecuencia de las fiestas patronales, ampliando de manera momentánea su área de influencia.

Es ahora el momento de recordar que el desarrollo de los medios de comunicación permite la equiparación entre la oferta y la demanda en un tiempo relativamente corto, sobre todo gracias a la transmisión casi instantánea de la información. El proceso de integración espacial, vía integración en el mercado, está estrechamente relacionado con el desarrollo de medios de comunicación adecuados. Este desarrollo afecta inicialmente a los bienes privados cuyo precio lo determina aquel individuo que posee el control total con respecto a su uso, siendo necesarios cambios institucionales, legales y sociales para modificar otros ámbitos de actividad y convertirlos en mercancía, como ocurre con la fuerza de trabajo para que llegue a ser mercancía de trabajo. Con el comentado Plan de Estabilización de finales de la década de los años cincuenta se realizaron los cambios necesarios para destruir los últimos vestigios de la economía autárquica, sobre la que giraba la sociedad tradicional y sus fiestas.

De este modo, se acrecienta la imposibilidad de mantener las economías domésticas, así como su dependencia cada vez mayor de las relaciones comerciales y administrativas concentradas en el mundo urbano, que además de ofertar un comercio abastecido y un mercado regularizado, concentra servicios educativos, sanitarios, administrativos, etc., cada vez son más frecuentados. En este sentido, dentro de esta categoría de mundo urbano podemos incluir a las principales cabeceras comarcales que ocupan un lugar destacado en el sistema de asentamientos gallego.

Como ha puesto de manifiesto Harvey, el intercambio regularizado a través de los mercados que fijan los precios permite que dicho intercambio se centre en el valor de cambio y no en el de uso, de modo que las ganancias derivadas de la comercialización se pueden reinvertir en la compra de nuevas mercancías, que producen más dinero y permiten coordinar las actividades de un número cada vez mayor de individuos, concentrándose así la actividad en el espacio. En otras palabras, la integración a través del mercado que fija los precios, modo de producción que podemos denominar intercambio de mercado, fomenta la división del trabajo y la especialización espacial de la producción. Por ello, de los contingentes que regresaron de la emigración posterior a la década de los cincuenta la mayor parte no lo hizo a sus comunidades de partida, sino a alguno de estos lugares centrales en los que se concentra la producción.

El despoblamiento de la mayor parte de las parroquias y, sobre todo, la ausencia de sus elementos más jóvenes, es la causa esencial de la desaparición de las fiestas tradicionales que, de seguir celebrándose, apenas concentran la atención de los vecinos y allegados. Como se ha puesto de manifiesto en la encuesta realizada para conocer que fiestas frecuentan los jóvenes de las parroquias rurales coruñesas y norte de la provincia de Pontevedra, el interés de los mismos por este tipo de fiestas es mínimo y su asistencia a las mismas muy escaso. Ahora su preferencia se orienta hacia aquellos lugares en los que se congregan cantidades importantes de jóvenes, en los que se asegura el anonimato y la existencia de contactos de tipo intermunicipal, aunque para ello tengan que desplazarse bastantes kilómetros, pues ese desplazamiento ya es posible.

Otra característica diferencial es la mayor frecuencia con que asisten en la actualidad a estos bailes celebrados en grandes salas de fiestas, prácticamente todos los fines de semana, frente al carácter más exclusivo que tenían las fiestas tradicionales, celebradas una vez al año en cada parroquia. Estas características hacen que los centros de reunión aparezcan mucho más distanciados en el espacio, lo que se traduce en un incremento considerable de las áreas de influencia, como se aprecia claramente en el mapa elaborado, que podríamos denominar como el mapa del ocio (festivo) del mundo rural coruñés y norte de la provincia de

Pontevedra. El hecho de que no aparezcan las tres grandes ciudades de la provincia, A Coruña, Santiago y Ferrol, se debe a que no se ha considerado a las mismas en las respuestas, puesto que los resultados no hacen más que confirmar su fuerte poder de atracción como centros funcionales de ocio, que ven disminuir su influencia de una manera paulatina a medida que aumenta la distancia a las mismas. También incide considerablemente el estado de las vías de comunicación, a la hora de introducir distorsiones a la teoría de los círculos concéntricos.

En el mapa, se recogen los puntos de concentración, coincidentes todos ellos con la ubicación en esa determinada parroquia de una sala de fiestas, y los sectores que aportan jóvenes hacia esos lugares centrales, apareciendo áreas sin definir en las proximidades de las grandes ciudades. Si atendemos a una jerarquía en función de la amplitud del área de incidencia se puede establecer en un primer nivel los siguientes lugares:

Municipio	Parroquia
Noia	Núcleo urbano
Carballo	Berdillo (San Lorenzo)
Santa Comba	Santa Comba (San Pedro)
Val do Dubra	Campo (San Xoán)
Betanzos	Núcleo urbano
Touro	Turo (San Xoán)

Fuera del ámbito de la provincia de A Coruña, pero centralizando el ocio de muchas parroquias de la misma, aparecen dos salas de fiestas con unas áreas de influencia muy amplias situadas en los municipios de A Estrada, a donde acuden jóvenes de Vedra, Boqueixón y Teo, y en Vilagarcía, a donde se desplazan jóvenes procedentes de Padrón.

Esta clasificación deriva de la amplitud espacial que alcanzan los desplazamientos, lo cual no quiere decir que sean los lugares en los que se produzcan las mayores concentraciones humanas, ya que lugares como Ribeira o Vilagarcía, situados en zonas de densidades poblacionales elevadas, ven reducida su área de influencia por la proximidad de otros lugares que también tienen una fuerte atracción. En el caso de la península del Barbanza, Pobra do Caramiñal, Boiro y Porto do Son, aparecen como lugares centrales secundarios, además de Pontecesures y Noia, que se encuentran localizados muy cerca. El caso de Vilagarcía es similar, apareciendo en el área lugares centrales como Vilanova, Portas o Pontevedra.

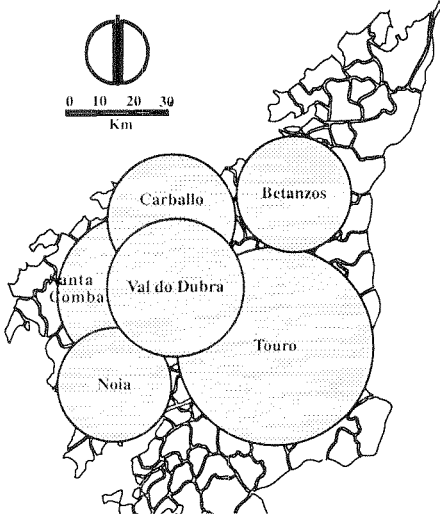
En un segundo nivel podríamos incluir los siguientes lugares:

Municipio	Parroquia
Pontecesures	San Xulián
Padrón	Núcleo urbano
Riberia	Núcleo urbano
Muros	Núcleo urbano
Negreira	Covas (Santa María)
Ordes	Núcleo urbano
Ortigueira	Cariño y Espasante
Pontedeume	Núcleo urbano

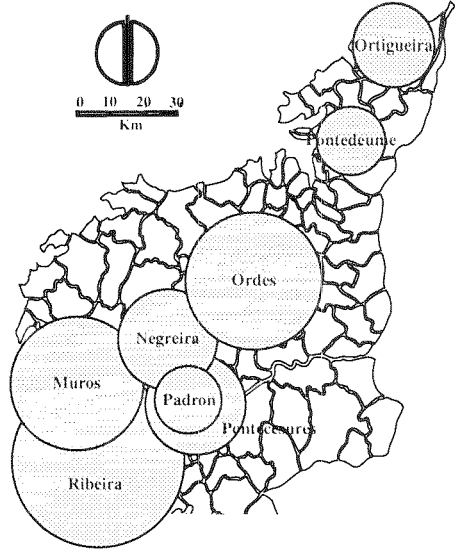
Un tercer nivel, con áreas de influencia menos intensas y aportes poblacionales menores, está formado por los siguientes lugares:

Municipio	Parroquia
Caldas de Reis	Arcos da Condesa (Santa María)
Pobra do Caramiñal	Núcleo urbano
Porto do Son	Baroña (San Pedro)
Boiro	Núcleo urbano
Malpica	Barizo (San Pedro)
Ponteceso	Tella (San Eleuterio)
Zas	Allo (San Pedro)
Sada	Mosteirón (San Nicolás)
Oleiros	Perillo
Abegondo	Montouto
Curtis	Longos (Sta. M ^a) y Fisteus (Sta. Eu.)
Pino, O	Ferreiros (San Breixo)
Miño	Miño (Santa María)
Fene	Fene (San Salvador)
Pontes, As	Núcleo urbano

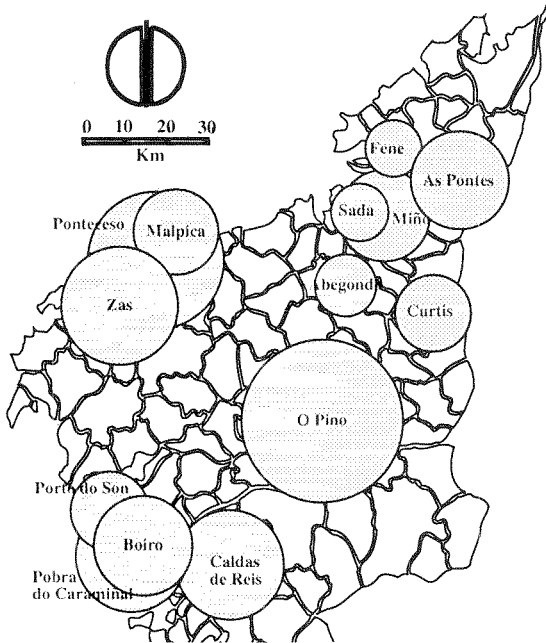
Después aparecen una serie de lugares reflejados en el mapa cuya área de influencia es mucho menor, limitada en algunos casos prácticamente al municipio en el que se emplaza la sala de fiestas (Carral-Paleo, Cariño, Cedeira, Ortigueira-Mera, et.). En conjunto, observamos que se trata, salvo raras excepciones, de los asentamientos que funcionan como cabeceras comarcales que ofertan servicios a las áreas de influencia próximas, concebiéndose la fiesta como un servicio más del que se obtiene algunos beneficios.



Area de influencia: primer nivel



Area de influencia: segundo nivel



Area de influencia: tercer nivel

Areas de influencia de las salas de fiesta (década de años ochenta)

A modo de conclusión podemos decir que resulta obvio que en estos últimos años la parroquia se ha hecho «más pequeña» y, consecuentemente, se ha vuelto más incómoda, hecho que ha coincidido con la generalización de los medios de transporte individual, lo que ha llevado a aumentar la demanda potencial de ampliar el ámbito espacial de las relaciones sociales. Los habitantes del medio rural, particularmente los más jóvenes y dinámicos, para gozar plenamente de las relaciones sociales, se desplazan a lugares localizados fuera del marco parroquial, allí donde es posible la concentración de un número importante de personas procedentes de múltiples parroquias. La movilidad social aparece ligada a la movilidad espacial, sobre todo en regiones en vías de desarrollo, lo que realza la evidente relación entre estructuras espaciales y sociales: el surgimiento de lo social a partir de la movilidad de los individuos.

BIBLIOGRAFIA

- COENEN-HUTHER, J.(1990): «Relations d'amitié, mobilité spatiale et mobilité sociale». En: Revista *espaces et sociétés*, nº 54-55, pp. 51-65.
- DIETRICH, W. (1990): «Émergence du social lors de la mobilité des individus à partir de la relecture d'un texte de Max Weber». En: Revista *espaces et sociétés*, nº 54-55, pp. 16-33.
- FERNANDEZ DE LA ROTA, J. A. (1984): *Antropología de un viejo paisaje gallego*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- HARVEY, D. (1989): *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid, Siglo XXI.
- JOICE, D., BASSAND, M., SCHULER, M. (1990); «La diversité des mobilités». En: Revista *espaces et sociétés*, nº 54-55, pp. 35-49.
- TENORIO, N. (1982): *La aldea gallega*. Vigo, Edicións Xerais.